

LA EMANCIPACIÓN DE LA MUJER

(§ 231-§ 239, BM)

Silvio Juan Maresca

Así como el nacionalsocialismo se empeñó en divulgar aquellos textos de Nietzsche que parecían justificar su peculiar barbarie, el posmodernismo se afana en ocultar piadosamente las afirmaciones de Nietzsche que pudieran herir la sensibilidad demasiado delicada del hombre contemporáneo.

El discurso nietzscheano sobre la mujer es complejo y problemático y posee aristas harto desagradables que uno se siente inmediatamente inclinado a silenciar. Sin embargo, difícilmente podrá indicarse una obra de Nietzsche que no contenga un número considerable de observaciones sobre la mujer.

Nietzsche ha rehusado las más de las veces referirse al hombre en general y esto constituye una de las más profundas originalidades de su pensamiento. No sólo se ha negado a identificar el hombre antiguo con el hombre moderno, cristiano o poscristiano, sino que ha inaugurado una forma de consideración sexuada donde hay que distinguir el varón de la mujer, lo masculino de lo femenino. Un pensamiento de la diferencia, el sutil arte de las distinciones, no podía ignorar tan elemental diversidad.

Perseguir pacientemente las ideas de Nietzsche acerca de la mujer a lo largo de toda su obra quizás nos permita alguna vez comenzar a elaborar alguna respuesta a preguntas que no han sido hasta ahora siquiera formuladas, a saber, ¿cuál es la referencia de la mujer al superhombre?, ¿cuál es su singular experiencia del eterno retorno?, ¿cómo se configura en su caso la voluntad de poder?, ¿hay una historia alternativa de la voluntad de poder femenina?, ¿cuál es la vivencia femenina del nihilismo?. Por último ¿son pertinentes estas preguntas o hay algo insanablemente nulo en ellas, debido a la naturaleza de "la" mujer?

Sabemos que existe para Nietzsche una relación privilegiada de la mujer con la verdad o, mejor dicho, una identificación entre ambas, según ciertas condiciones; es decir, ciertos

aspectos seleccionados de lo femenino se identificarán con determinada concepción de la verdad, la verdad trágica.

Pero no hay cuestión sobre la que Nietzsche no lance una mirada perspectivista y múltiple. Así, la asimilación de la mujer con la verdad coexistirá con el duro encono hacia el discurso de su emancipación, como se adivinará, un subproducto de la denostada Revolución Francesa.

Los §§ 231-239 de BM presentan una de las exposiciones más acabadas contra la emancipación femenina. Reseñaremos los argumentos de Nietzsche introduciendo algunos señalamientos propios.

El tema es introducido por un ángulo inesperado, cosa frecuente en Nietzsche. El aprender no sólo mantiene sino que transforma. Sin embargo, todo aleccionamiento tiene sus límites, la educación no es todopoderosa. En los problemas más radicales hay algo inmodificable que se repite siempre idéntico más allá o más acá de cualquier presunto progreso de la ilustración: tal sucede en lo referente a la cuestión del varón y la mujer. Al pensador le está vedado aprender al respecto nada nuevo, únicamente le cabe descubrir hasta el final lo incommovible. Llama la atención que el problema de la mujer sea planteado de antemano en relación al varón.

Luego de este preámbulo el § 232 encara directamente la cuestión. "La mujer quiere llegar a ser independiente"-dice Nietzsche- "y para ello comienza ilustrando a los hombres acerca de la 'mujer en sí' -*éste* es uno de los peores progresos del *afeamiento* general de Europa" ¿Qué irrita tanto a Nietzsche de este programa?. Enseguida se acumulan los argumentos. Pues ¿qué sacará a luz este autodesnudamiento cientificista? El pudor femenino tiene sus fundamentos. La mujer abunda en cosas "pedantes, superficiales, doctrinarias, mezquinamente presuntuosas, mezquinamente desenfrenadas e inmodestas". Prueba: su trato con los niños. Hasta ahora todos estos aspectos han estado reprimidos, no han ocupado un primer plano, por el *miedo* al varón, quien parece hacer las veces de un inexistente "*super-yo*" femenino. En este ensayo de autoconsciencia, dirigido no obstante al varón, la mujer corre el riesgo de olvidar su inteligencia y su arte, a saber, "la inteligencia y el arte de la gracia, del jugar, del disipar las preocupaciones, de volver ligeras las cosas y

tomárselas a la ligera, su sutil destreza para los deseos agradables". El discurso de la mujer amenaza inscribirse en un registro *médico*.

Además, una mujer científica es algo de mal gusto. Pero, y esto es lo decisivo, ¿la mujer quiere efectivamente aclararse a sí misma? Y aún supuesto que así sea ¿*puede* quererlo? Buscará un nuevo *adorno*, inspirar miedo, una nueva forma de dominio, pero jamás la verdad. La mujer no *quiere* la verdad. "Desde el comienzo, nada resulta más extraño, repugnante, hostil en la mujer que la verdad, -su gran arte es la mentira, su máxima preocupación son la apariencia y la belleza". Pero quien dice la mujer dice la verdad. En efecto, la verdad, la verdad-mujer, no se quiere a sí misma, la reflexión le repugna pues sólo la enfrenta con su propio, insoportable, horror; la mentira, la apariencia y la belleza serán desde siempre su destino anhelado. Es más, la mujer, tal como la verdad, no hace género: lo real es extragenérico. En verdad, no existe *la* mujer sino siempre *una* mujer. Nietzsche, con profundo instinto adivinatorio, lo dice así: "¿Y no es verdad que, a grandes rasgos, 'la mujer' ha sido hasta ahora lo más desestimado por la mujer -y no, en modo alguno por nosotros? -Nosotros los varones deseamos que la mujer no continúe desacreditándose mediante la ilustración (...)". El discurso sobre *la* mujer, "la mujer en sí", como dice irónicamente Nietzsche, es un despropósito, pura alienación masculina.

Algún incauto o, en su defecto, incauta creería acaso que Nietzsche está mandando las mujeres a la cocina, como suele decirse. El § 234 se encarga puntualmente de desmentirlo. La estupidez en la cocina, la mujer como cocinera, la mujer no comprende qué significa la comida. Si lo hubiera hecho, no se hubiera retardado y perjudicado el desarrollo del hombre.

¿El lugar de una mujer? La frase de Madame de Lambert a su hijo quizás indique algo: "amigo mío, no os permitáis nunca más que locuras que os produzcan un gran placer". (§ 235)

El § 238 retoma "el problema básico 'varón y mujer'", el problema enunciado en el § 231. Ahora entendemos mejor porque varón y mujer y no ya el hombre. El hombre no existe. La destotalización de *la* mujer arruina la especie, ya no cabe hablar de el hombre. Entre varón y mujer se repite eternamente la "roca granítica del *fatum* espiritual", es decir, "el antagonismo más abismal y la necesidad de una tensión eternamente hostil". Ridículo

entonces plantear, al calor de la Ilustración, iguales derechos, educación, exigencias y obligaciones. Diferente no significa siempre, sin embargo, mejor o peor, superior o inferior.

Sostener una abstracta igualdad entre varones y mujeres en nombre de una aún más abstracta igualdad de los hombres es, según Nietzsche, un "signo típico de superficialidad", suficiente para juzgar la obra entera de un presunto pensador.

El § 239 ofrece un final a toda orquesta. Hoy, como parte de la tendencia y el (mal) gusto democráticos las mujeres son tratadas por los varones con particular estima. Pero esta estima ofende, la mujer prefiere luchar por sus derechos. Así, pierde el pudor y el gusto o, dicho de otra manera, su peculiar posición subjetiva respecto a la verdad. Desaprende a temer al varón. Tal cosa no es extraña en una época en la cual "ya no se quiere ni se cultiva" al "varón existente en el varón", pero con ello la mujer degenera. Donde el espíritu industrial triunfa las mujeres -¿por qué no decir aquí *la* mujer?- aspirarán a la "independencia económica y jurídica de un dependiente de comercio". "La mujer en sí", es decir, "la mujer como dependiente de comercio". Mientras tanto, soterradamente, elevando las banderas de los derechos y el progreso, la mujer retrocede. Desde la Revolución Francesa en adelante su poder no ha hecho más que disminuir, merced a los reclamos emancipatorios acaudillados por mujeres y "cretinos". El movimiento de emancipación de la mujer hace gala de una estupidez típicamente masculina. La construcción de un racionalismo cartesiano trasnochado sólo puede provocar pena; cuando una mujer se confunde hasta ese extremo respecto de sí pierde toda capacidad estratégica; la disminución de su poder es el único resultado previsible. ¿Existe táctica más suicida que disuadir al varón "de que la mujer tiene que ser mantenida, cuidada, protegida, tratada con indulgencia, cual un animal doméstico bastante delicado, extrañamente salvaje y, a menudo, agradable"?

Todo un ejército de idiotas y de asnos doctos, cuyo papel no debe menospreciarse, aconseja a las mujeres desfeminizarse para imitar tardíamente la perimida subjetividad cartesiana, es decir, "imitar todas las estupideces de que en Europa está enfermo el 'varón', la 'masculinidad' europea -ellos quisieran rebajar a la mujer hasta la 'cultura general', incluso hasta a leer periódicos e intervenir en política".

Mediante el acceso a la cultura se pretende hacer fuerte al sexo débil: no es difícil leer aquí la interpelación del nihilismo a las mujeres. Frente a ello es preciso insistir en que

cultivo y debilitamiento siempre han ido de la mano. Debilitamiento significa disgregación de la fuerza de voluntad, atributo al que justamente "las mujeres más poderosas e influyentes del mundo han debido su poder y su preponderancia sobre los varones". La emancipación de la mujer es una "idea moderna". Rechazando semejante decadencia una mujer bien constituida comprenderá, de nuevo, que "lo que en la mujer infunde respeto y, con bastante frecuencia, temor, es su *naturaleza*, la cual es 'más natural' que la del hombre, su elasticidad genuina y astuta, como de animal de presa, su garra de tigre bajo el guante, su ingenuidad en el egoísmo, su ineducabilidad y su interno salvajismo, el carácter inaprensible, amplio, errabundo de sus apetitos y virtudes..."

Al miedo femenino se corresponde, sin biunivocidad, el miedo masculino, de otra naturaleza, porque como bien dice Lacan, no hay relación sexual. Sin embargo, una "idea moderna", la emancipación de la mujer, amenaza con hacernos perder uno de los pocos aspectos trágicos de la existencia que misteriosamente subsisten, la tensión varón-mujer, "siempre con un pie en la tragedia, la cual desgarrar en la medida que embelesa".